

---

*Luis Fernando Urrego C., S. J.*

## **FORTALECIMIENTO DE LA FE Y PROMOCION SOCIAL**

---

Esta homilía fue pronunciada por el Santo Padre en Guatemala el 7 de marzo de 1983, sexto día de su peregrinación apostólica por América Central. Un millón de personas se congregó en el campo de Marte, gran parte de ellas procedentes de poblados indígenas.

En esta eucaristía participaron los obispos de Guatemala y sacerdotes representantes de las trece circunscripciones eclesiásticas que existen en el país. Además se contó con la presencia del presidente, Efraín Ríos Montt, y otras autoridades.

La situación de Guatemala en ese momento es bastante delicada: graves conflictos sociales, situación deplorable de los derechos humanos, grandes tensiones entre la Iglesia y el Estado. . . Y en este contexto el discurso del Papa es muy valiente y claro, invitando sobre todo a quienes tienen grandes responsabilidades sociales a "asegurar la vida del hermano, de todo hombre" guatemalteco, y "a empeñarse con toda decisión en medidas eficaces y urgentes, para que lleguen los recursos de la justicia a los sectores más desprotegidos de la sociedad, y que sean éstos los primeros beneficiarios de apropiadas tutelas legales".

Entremos a ver lo que nos dice el Santo Padre:

Teniendo como punto de referencia la lectura del apóstol Santiago 2, 14 y ss., el Papa pronuncia su homilía centrada en dos puntos que se complementan y enriquecen: la fe y el apostolado social de la Iglesia; llamando la atención en la exigencia que tienen los creyentes latinoamericanos en no separar estas dos dimensiones de su compromiso cristiano.

A. El Pontífice presenta la fe como fuente de vida, de compromiso, substrato de la *enseñanza social de la Iglesia*:

1. Es una fe adquirida y alimentada durante siglos por la tradición de la Iglesia.

. . . esa fe, en fin, que es alma de los pueblos latinoamericanos y luz que ha guiado sus destinos desde el descubrimiento, la conquista y la independencia hasta las actuales generaciones; esa fe ha de hacerse aliento hacia el amor y promoción del hombre. . .

2. Es una fe en la Santísima Trinidad, la comunidad de amor por excelencia porque siempre se preocupa por el bienestar de todo lo que le pertenece, el universo y todo cuanto lo habita.

. . . fe en el Padre que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (cf. Ez. 33,11), pero que a cada uno dará según sus obras (cf. Mt. 25, 31-46), y a quien se debe todo honor y toda gloria (cf. Heb. 13,21).

Fe en el Hijo que pasó por el mundo haciendo el bien (cf. Act. 10,38): que tuvo compasión de las multitudes (cf. Mt., 9,36); que promulgó solemnemente el mandamiento del amor (cf. Jn. 15,12): que edificó su Iglesia sobre Pedro (cf. Mt., 16,18).

Fe en el Espíritu Santo, a quien adoramos con el Padre y con el Hijo; el que habita en las almas en gracia como en un templo (cf. 1 Cor. 3,16). . .

3. Es una fe en la Iglesia, instituida por Jesús sobre la roca de Pedro y alimentada por el Espíritu Santo, que anima en el peregrinar hacia la patria celestial. Iglesia que busca ser comunidad de amor, porque se ha preocupado por acompañar a sus miembros tanto en sus sufrimientos como en sus gozos y esperanzas.

. . . fe en la Iglesia que nos vivifica con la Eucaristía y los demás sacramentos (cf. 1 Cor. 10,16; Rom. 6,4); y con la que Cristo estará permanentemente para confirmarla en la verdad: "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt. 28,20). . . A esta Iglesia debéis amar siempre; que ha estado y sigue estando a vuestro lado, cuando la suerte os sonríe o el dolor os abruma; que ha tratado de disipar la ignorancia; proyectando sobre la mente y el corazón de sus hijos la luz de la educación desde sus escuelas, colegios y universidades; que ha alzado y sigue alzando su voz para condenar injusticias, para denunciar atropellos, sobre todo contra los más pobres y humildes; no en nombre de ideologías, sean del signo que fueren, sino en nombre de Jesucristo, de su Evangelio, de su mensaje de amor y paz, de justicia, verdad y libertad. . .

4. Es una fe en el hombre, que lo libera de toda esclavitud, porque El es imagen del Padre que está en los cielos y que se hizo hombre para liberarlo del pecado, haciéndose pobre, siervo sufriente, para que lo reconozcamos en los que sufren.

. . . La fe nos enseña que el hombre es imagen y semejanza de Dios (cf. Gn. 1,27); eso significa que está dotado de una inmensa dignidad; y que cuando se atropella al hombre, cuando se violan sus derechos, cuando se cometen contra él flagrantes injusticias, cuando se le somete a las torturas, se le violenta con el secuestro o se viola su derecho a la vida, se comete un crimen y una gravísima ofensa a Dios; entonces Cristo vuelve a recorrer el camino de la pasión y sufre los horrores de la crucifixión en el desvalido y oprimido. Hombres de todas las posiciones e ideologías que me escucháis: atendedla a la súplica que os dirijo; atendedla, porque os la hago desde la hondura de mi fe, de mi confianza y amor al hombre que sufre; atendedla, porque os la hago en nombre de Cristo. Recordad que todo hombre es vuestro hermano y convertíos en respetuosos defensores de su dignidad. . .

- B.1 Teniendo como fundamento estas exigencias de la fe, el Papa exhorta a colocar la fe y el amor cristiano en las obras, mostrando, como exigencia de la evangelización en el mundo contemporáneo, la promoción del género humano; y por ello recurre a las enseñanzas de su predecesor Pablo VI en la Exhortación Apostólica "Evangelii Nuntiandi".

. . . Esa fe y amor a la Iglesia tienen que mostrar su fecundidad en la vida, deben manifestarse en obras (cf. Snt. 2,14 y ss.). . . Re-

cordemos, sin embargo, que se puede hacer morir al hermano poco a poco, día a día, cuando se le priva del acceso a los bienes que Dios ha creado para beneficio de todos, no solo para provecho de unos pocos. Esa promoción humana es parte integrante de la evangelización y de la fe. . . “Entre evangelización y promoción humana —desarrollo, liberación— existen efectivamente lazos muy fuertes. Vínculos de orden antropológico, porque el hombre que hay que evangelizar no es un ser abstracto, sino un ser sujeto a los problemas sociales y económicos. Lazos de orden teológico, ya que no se puede disociar el plan de la redención que llega hasta situaciones muy concretas de injusticia, a las que hay que combatir y de justicia que hay que restaurar. Vínculos de orden eminentemente evangélico como es el de la caridad; en efecto, ¿cómo proclamar el mandamiento nuevo sin promover, mediante la justicia y la paz; el verdadero, el auténtico crecimiento del hombre? No es posible aceptar que la obra de evangelización pueda o deba olvidar las cuestiones extremadamente graves, tan agitadas hoy día, que atañen a la justicia, a la liberación, al desarrollo y a la paz en el mundo. Si esto ocurriera, sería ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor hacia el prójimo que sufre o padece necesidad (Pablo VI. E. N. No. 31).

2. Hace pues, un llamado especial a la Iglesia, tanto jerárquica como a los fieles, para que se interesen y se preparen para propagar una fe que por estar cimentada en la trinidad, se encarna en la realidad para buscar la dignificación del hombre, que se realiza en la justicia y la Paz.

. . . A los responsables de los pueblos, sobre todo a los que sientan en su interior la llamada de la fe cristiana, les invito encarecidamente a empeñarse con toda decisión en medidas eficaces y urgentes, para que lleguen los recursos de la justicia a los sectores más desprotegidos de la sociedad. Y que sean estos los primeros beneficiarios de apropiadas tutelas legales.

Para salir al paso de cualquier extremismo y consolidar una auténtica paz, nada mejor que devolver su dignidad a quienes sufren la injusticia, el desprecio y la miseria. . . ahí queda un gran campo abierto a la generosa iniciativa de obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y de cuantos —hombres y mujeres— buscan con buena voluntad la dignificación del hombre. . . Que esa fe cristiana, gloria de vuestra nación, alma de vuestro pueblo y de los pueblos centroamericanos, se manifieste en actitudes prácticas bien definidas, sobre todo a los más pobres, débiles y humildes de vuestros hermanos.

Esa fe debe llevar a la justicia y la paz. *No más divorcio entre fe y vida*. Si aceptamos a Cristo, realicemos las obras de Cristo; tratémoslos como hermanos; y marchemos por los caminos del Evangelio. . .

En esta homilía se puede captar la viva inquietud del Papa para que en nuestros pueblos latinoamericanos se fortalezca y se propague más la fe cristiana y católica, sin llegar a descuidar en ningún momento los compromisos sociales que se requieren para dicha labor de evangelización.

Ya los obispos en Medellín y Puebla alentaban a cimentar en nuestra fe toda promoción social del hombre, porque en esta labor se acrecienta la fe de un pueblo que se sabe digno del amor del Padre y por lo tanto con derechos a mejores condiciones de vida entre todos, como signo vivo de la fraternidad que se construye aquí en la tierra y que alcanza su plenitud al final de los tiempos. (cf. Puebla, Nos. 26.50).

El Papa Juan Pablo II nos invita a prepararnos en forma seria y responsable en la enseñanza social de la Iglesia y así poder prestar un servicio eficaz al hombre de hoy, a la Iglesia; porque en esta enseñanza se encuentran las motivaciones profundas para promover la justicia y la paz, acercándonos así a los designios de Dios sobre el mundo.